q. estubieron en la Plasa el 29 de Junio y el 8 de Julio y en este ultimo dia con las tropas q. binieron de Nicolla y Sta. Cruz, q. habia pedido el G. P. desde el 26 de Junio, en las q. vinieron tres Oficiales, dos de Nicolla. q. fueron los CC. Eleuterio Escobar, Masaya, y Franco. Obregón, Nicaragua, y de Sta. Cruz el Ciudº José Graviel Rios; estos oficiales entiendo q. serian nombrados pr. sus Municipalidades, y hacian de comandantes de la divicion de Sta. Cruz el Ciudº José Graviel Rios y de Nicolla el Ciudº Eleuterio Escobar; éstos, el 8 de Julio, querian salir de la Plaza á batirse con Quijano y á cojerlo quando iba pª San Geronimo con el erido; pº los q. mandavan la plasa no los dejaron salir ni ese dia ni despues en q. hubieron varios abisos de los lugares en donde se hallaba Quijano.

Es quanto puedo informar sin faltar á la verdad, sirviendose elevarlo todo al S. G.

Sirvase V. aseptar mis respetos y concideraciones.

D. U. L.

Guanacaste Sbre. 10 de 1836.

RAFAEL XIMENEZ

El diario del Mayor don Máximo Blanco

Uno de los documentos más interesantes que se conservan en nuestros Archivos Nacionales sobre la guerra contra los filibusteros de Nicaragua, es sin duda el diario que escribió el entonces mayor y más tarde general don Máximo Blanco, en el que refiere la expedición al río de San Juan, que salió de esta capital el 3 de diciembre de 1856 y regresó a ella el 22 de febrero de 1857. Nuestros lectores encontrarán este diario en el presente número de la Revista.

Desde que se inició la guerra, en marzo de 1856, el presidente don Juan Rafael Mora se convenció de que era indispensable, para vencer, cortarle a Walker sus comunicaciones con los Estados Unidos, de donde recibía todos sus recursos en hombres, dinero, armas y municiones. A este propósito obedecieron la ocupación por nuestras tropas del puerto de San Juan del Sur y el avance hacia la desembocadura del río Sarapiquí en abril de 1856. Estos dos movimientos fracasaron, como fracasó toda la campaña de principios de este mismo año, a pesar de las victorias de Santa Rosa y de Rivas, por haber venido en auxilio de William Walker un aliado formidable con el cual no contaba: la terrible epidemia de cólera asiático que estalló en las filas de nuestro ejército, obligándolo a retirarse del territorio de Nicaragua.

Pero tan pronto como hubo cesado el flagelo, al cabo de algunos meses, el presidente Mora, con admirable energía, resolvió continuar la guerra, siempre con el objeto primordial de cortar a los filibusteros la vía interoceánica llamada del Tránsito. Para esto encontró a su vez un aliado poderoso en la persona del co-

modoro Cornelius Vanderbilt, quien deseaba ardientemente vengarse de Walker, por haberlo despojado éste de todos los bienes que poseía en Nicaragua, como empresario que era de la citada vía interoceánica, cuyos puntos terminales eran el puerto de San Juan del Norte, en el Atlántico, y el de San Juan del Sur, en el Pacífico.

Lo más difícil del plan era encontrar la manera de apoderarse de los vapores que navegaban en el río de San Juan y el lago de Nicaragua. Vanderbilt se la indicó a Mora por medio de dos emisarios secretos. Uno de ellos, llamado Sylvanus Spencer, hombre muy audaz y que por haber servido largo tiempo en los vapores del Tránsito conocía todo lo referente a su manejo, fué el encargado de acompañar a la fuerza costarricense que debía realizar la empresa, suministrándole todos los datos necesarios para su buen éxito. Sobre todo esto se guardó gran secreto, hasta el punto de que el mismo mayor Blanco tan sólo conocía vagamente la misión de Spencer, como se desprende de la lectura de su diario.

Se adoptó el siguiente plan: una primera columna de doscientos hombres, llamada División de Vanguardia, debía marchar hacia el río de San Carlos y embarcarse en el sitio donde éste empieza a ser navegable, bajar por él hasta su confluencia con el San Juan y seguir aguas abajo del último hasta San Juan del Norte, con el fin de apresar los vapores que estuviesen en este puerto. La segunda columna, compuesta de quinientos hombres al mando del general don José Joaquín Mora, saldría en seguida para el río Sarapiquí, embarcándose en el Muelle de este nombre, a fin de penetrar igualmente en el San Juan y apoyar las operaciones de la columna de Vanguardia. Además del apresamiento de los vapores, estas fuerzas debían apoderarse de las tres fortificaciones que defendían la navegación del río San Juan: el Castillo Viejo y el Fuerte de San Carlos en su margen izquierda, y La Trinidad, llamada por los filibusteros la Punta de Hipp, en la derecha. Como se puede ver, todos estos proyectos eran muy audaces y muy arriesgados, especialmente por la circunstancia de que las fuerzas de Costa Rica no disponían de más embarcaciones que balsas y botes de muy mala calidad. No había más recurso que emplear "sorpresa sobre sorpresa", como lo dice el mayor Blanco en su diario.

Antes de acometer semejantes empresas, era preciso vencer dificultades de otro género, muy grandes también. Para llegar a la lejana región en que debían desarrollarse las operaciones militares, las tropas tenían que atravesar un territorio despoblado y cubierto de ásperas montañas, de espesas selvas primitivas, de pantanos, ciénagas y numerosos ríos, sin más caminos que veredas muy fragosas y casi intransitables. Pero estos mismos graves impedimentos, que muchos juzgaban insuperables, hicieron factible la sorpresa fraguada; porque Walker no pensó nunca en la posibilidad de un ataque peligroso de Costa Rica contra el río San Juan. De suerte que la sorpresa que este ataque le causó fué completa y el resultado, para él, fatal.

El diario de don Máximo Blanco nos describe las muchas penalidades que tuvo que soportar la columna de vanguardia y sus hechos victoriosos, que empezaron con la toma del punto fortificado de La Trinidad; pero luego se vió obligada a abandonar su conquista ante el ataque de fuerzas muy superiores en número y por la falta de víveres y municiones.

Desde otro punto de vista es también de gran interés el diario del mayor Blanco, o sea como prueba fehaciente de que Spencer no fué, según lo afirman Walker y los historiógrafos norteamericanos, el jefe único y absoluto de la expedición del río de San Juan, atribuyéndole todo el mérito de la victoria. Si Spencer hubiera sido el jefe que ellos pintan, no se explicarían ni el hecho de haberle impuesto el mayor Blanco, el 20 de diciembre de 1857, su resolución de atacar La Trinidad, ni la reprimenda que le dió el 25 del mismo mes. Muy útiles resultaron los servicios de Spencer. Esto es innegable; pero para ser justo, hay que darle a cada uno lo suyo, y siendo esto así, es preciso convenir en que el feliz éxito de la empresa se debió en mucha parte a la valentía y pericia militar de don Máximo Blanco, en quien el presidente Mora había depositado toda su confianza, conservándosela entera, aun después de la retirada de La Trinidad. Así lo prueba la carta que sobre este asunto le escribió desde San José, con fecha 17 de febrero de 1857. "Me impuse de su carta fecha 15—le dice—, así como del parte que V. comunica sobre los motivos que le forzaron a retirarse de La Trinidad. Todo es de mi aprobación y V. ha obrado conforme lo demandaban las circunstancias. Nada ha perdido V. de la buena opinión que siempre me ha merecido ..."

R. Fernández Guardia

DIARIO que llevó el Sargento Mayor don Máximo Blanco en la expedición al río de San Juan por la vía de San Carlos.—Años de 1856 y 1857 [1]

Es de advertir que el que suscribe fué nombrado por el General en Jefe primer comandante de esta división; pero como me pareció la empresa más alta que lo que podía alcanzar mi capacidad militar, rehusé el mando como primero, ofreciendo obedecer a cualquiera que llevara la responsabilidad, y al efecto fué nombrado el Teniente Coronel Barillier, alias Zuavo. Esta división se componía de dos compañías de ochenta soldados cada una y cuarenta gastadores; el armamento era la mayor parte de chispa y por consiguiente malo, pero en cambio la tropa fué escogida como la mejor. También iban dos piezas de artillería con su correspondiente tropa, pero sin ningún oficial que supiera de esta arma. El primer comandante me encargó la división el día de marchar, porque él salía de San José un día después. Esta división llevaba por capellán al Presbítero D. Rafael Brenes y por su cirujano al muy malo Doctor Bastos, hijo de Nicaragua. En el Muelle de San Carlos nos aguardaba un norteamericano llamado Spencer, el cual esta-

(1) Archivos Nacionales. S. A. Serie XII. Nº 9389. Este documento es una copia sin firma del diario original. Las notas son del director de esta revista.